

Qué se estudia en Literatura Argentina I



Sergio Pastormerlo

Universidad Nacional de La Plata

En septiembre de 2018 una invitación de Eduardo Romano nos propuso la pregunta ¿qué literatura argentina se estudia según los programas recientes? Con Andrea Bocco y Hebe Molina coleccionamos unos sesenta programas de todo el país. Llegó el momento en que hubo que leerlos. ¿Encontraríamos algo que no fuera previsible? ¿Podríamos estar medianamente convencidos de las inferencias que extrajéramos de esa rara experiencia de lectura? Leí los sesenta programas, presté más atención a los treinta de Literatura Argentina I y redacté las inseguras notas que siguen.

Canon. Ya no parece necesario discutir el canon porque nadie lo pone en cuestión. La discusión sobre el canon, tan de moda en la década de 1990, interesa poco y nada. Un canon tan breve como el de la literatura argentina se resiste a las variaciones. Nuestro despoblado siglo XIX es aun más conservador. La noción misma de canon se enrarece, porque es un canon sin selección. La última novedad relevante fue la canonización de Lucio Mansilla, cuyo comienzo quizá deba buscarse por 1950, cuando recibió las primeras lecturas eruditas. La incorporación de Mansilla fue la de un mediador que vino a deshacer una dicotomía. Desde entonces tenemos tres clásicos. Mansilla lleva a Hernández y, todavía más inevitablemente, a Sarmiento.

En las universidades del interior se cuestiona mucho menos el canon que el concepto mismo de literatura nacional. Prefieren hablar de literaturas nacionales. Si el canon es ante todo porteño (y luego rosarino) no es por olvido de escritores provincianos —que dejaron la provincia para vivir en Buenos Aires. Las relaciones de dominación cultural se leen en la “bibliografía crítica”, y no en los “textos literarios”. Tan breve e inmutable es el canon como interminable y cambiante es su bibliografía. Siempre se trata de leer de otro modo lo mismo.

Colonia. La mayoría de los programas dicen que Literatura Argentina I significa literatura argentina del siglo XIX. Los pueblos indígenas, que las nuevas generaciones aprendieron desde niños a llamar “originarios”, sumaron otro motivo para no excluir el período colonial. Es un motivo débil, algo más presente en el interior. Mendoza, San Luis y Córdoba recuerdan mejor su frontera sur. En la colonia prevalecen, aislados, los textos históricos, los documentos, las fuentes. Se los suele llamar “primeros textos”. Incluir la poesía de Luis de Tejeda sigue siendo la apuesta más conservadora. La literatura de la época de la Revolución de Mayo es una zona quizá aun más desprovista de vitalidad.

Ojos imperiales de Mary Louise Pratt comenzaba con la expedición de La Condamine y la taxonomía de Linneo. La América española, en el marco de una temprana globalización, comenzaba a abrirse al mundo. Pero la creación del Virreinato del Río de la Plata no aparece pensada como un posible comienzo. No encontré la idea de un período colonial corto (siglo XVIII) o de un siglo XVIII corto (su último cuarto). Y, sin embargo, ¿el *Lazarillo de ciegos caminantes* y los viajes de Azara no fueron los “primeros textos” leídos, al margen de la erudición, por grandes lectores comunes como Sarmiento y Mansilla? Thomas Falkner, perfectamente ausente.

Proyecciones. Algunos, no pocos, programas de Literatura Argentina I suelen incluir lecturas contemporáneas. Tienen cierto aire de *bonus tracks*. Se llaman “reescrituras”, “lecturas complementarias”, “proyecciones”. ¿Por qué lo hacemos? ¿Nos preocupa que alguien piense que solo leemos a los muertos? ¿Queremos probar que algunos muertos están vivos? ¿Apostamos así a alguna hipótesis sobre la historia literaria? ¿Tememos que los contenidos de Literatura Argentina I no sean, por sí solos, interesantes? ¿Confirmamos la fatalidad de que el pasado no puede ser visto sino desde el presente?

Mujeres. En primer lugar, Gorriti. Bastante más atrás, Eduarda Mansilla. En Literatura Argentina I las mujeres son, ante todo, cautivas. Y después, lectoras. Si lo que se quiere es devolver a las mujeres un lugar ya definitivamente quitado por la dominación masculina del XIX y a la vez darle al pasado una conexión con el presente (que lo vuelva interesante incluso para quienes no se interesan por la historia), una voluntad maligna bien podría sugerir la novela histórica romántica, de María Esther de Miguel en adelante. En el siglo XIX hubo una evidente relación femenina entre marginalidad política y especificidad literaria. La tesis de Piglia sobre la ficción en el XIX supone un canon masculino. La menor presencia de mujeres en el canon, y sobre todo la presencia de mujeres con olvido de su condición de mujeres, solo se resuelve (se resuelve sola) en las dos últimas décadas: 2000-2018. Hasta entonces se prolonga la decisión de Rojas: darle a las mujeres un lugar aparte.

Rojas. No dejamos de sorprendernos de la perduración de Ricardo Rojas. En su *Historia* todas las arbitrariedades quedaron expuestas, y aun así, indisimuladas, nos siguen gobernando. Lo seguimos citando, incluso para discrepar. Pero Rojas, al final de la “Introducción”, decía que solo ahora (1913 o 1917) comenzábamos a tener una literatura a la vera de la política como la tenían las naciones civilizadas del mundo. Hasta entonces toda nuestra literatura era “literatura” por así decirlo. Era necesario entrecomillar esa palabra, como Rojas efectivamente lo hacía. A Rojas le interesaba más la literatura que la política. Pese al lugar central de la gauchesca (nuestra poesía memorable), Literatura argentina I, la literatura argentina de Rojas, es cada vez menos una materia orientada a lo que Borges llamó un lector hedónico. Nuestros programas evitan los autores y textos que solo son buena literatura. Expulsan a los extranjeros. No solo a Falkner y Hudson, sino a Groussac y Darío.

Escritores y lectores. La pobreza de nuestra literatura del siglo XIX contrasta con la idea del siglo XIX como siglo literario. Literatura argentina I es una materia sobre una literatura no literaria que imaginamos contigua a la gran literatura. Pero los escritores argentinos del siglo XIX no fueron lectores, en nuestro sentido de la palabra. Cuando les decimos a los estudiantes que los jóvenes de 1837 leían a Lamennais, Cousin, Tocqueville, Chateaubriand, Byron, Lamartine, etc., difícilmente consigan creerlo. Esos nombres solo suenan como nombres. Y quizá el punto de vista del estudiante, es decir, del lector joven, acierte al imaginar a un Sarmiento que, contra la imagen consagrada, no era un lector. ¿No dijo Mansilla que Sarmiento, en realidad, había leído poco? Si el primer lector, como suele decirse, fue Rubén Darío, la relación de contigüidad entre la no literatura argentina y la gran literatura sería más ilusoria de lo que pensábamos.

1890. La década de 1890 como el momento que menos entendemos, conocemos, leemos. Se parece al *Libro extraño* de Sicardi. Literatura Argentina I, dicen los programas, termina con la década de 1880. Los más jóvenes de la inexistente “generación del 80” (Benigno Lugones, Carlos Olivera, Carlos Monsalve, Martín García Mérou) fueron la primera generación que se autodenominó “nueva generación literaria”. Pero no los leemos, y hacemos bien. Nada más melancólico que buscar “precursores del modernismo”, a la manera de Gioconda Marun. Cuando la “literatura” argentina cambia de régimen en el fin de siglo y comienza a ser literatura se genera un vacío que la trayectoria de nuevos escritores como Payró exponen de modo patético. Rubén Darío estaba rodeado de soledad, más que de acólitos. Para decepcionar a nuestros estudiantes bastaría redactar programas centrados en la década de 1890 que no incluyan a Darío.

Imposibles. No podemos enseñar teatro, porque no sabemos y quizá sobre todo porque nos queda demasiado lejos la sensibilidad de los sujetos decimonónicos por el teatro. No podemos enseñar que la literatura argentina del XIX está en los diarios: lo decimos, damos algunos ejemplos, sin mojarnos más que los pies en las orillas del océano del diarismo. No podemos enseñar los géneros, porque las etiquetas de la cultura letrada eran demasiado distintas, y porque la literatura argentina del XIX, en sus textos más felices, no pudo sino inventar géneros monstruosos.

